

Francisco Ortega

EL VERBO KAIFMAN

booket

Jerusalén, Tierra Santa

Año 1112

1

Alonso Hospicio del León nunca antes se había visto como un monstruo, pero en ese instante, al contemplar su rostro reflejado en la curva superficie de la espada, sintió que mucha de su humanidad había escapado para ser reemplazada por una bestia salida de quizá qué abismo del infierno. El sol, la arena, el desierto, el sudor, los gritos, la sangre y el odio eran capaces de engendrar criaturas abominables como si fueran ingredientes o cifras de una fórmula secreta.

Primero fue un zumbido grave, luego agudo como si miles de niños gritaran al mismo tiempo. Simulando un jirón de nubes, las flechas sarracenas se elevaron desde los muros más altos de la Ciudad Santa y trazaron un arco perfecto contra los hombres de Cristo.

—¡Escudos! —aulló Alonso, mientras las saetas caían sobre sus soldados.

Chillidos de dolor comenzaron a sumarse a medida que la muerte avanzaba, dividida en cientos de miles de varitas de madera con afilada punta metálica que se enterraban en brazos, piernas y cuanta piel apareciera alejada de la defensa del acero. Los escudos estaban en alto, pero las flechas eran demasiadas.

La sangre salpicaba cual surtidores, llevándose la vida de hombres que recién se aventuraban más allá de la frontera de la niñez. Alonso levantó la mirada y vio cómo cuatro muchachos se desplomaban desde lo alto de una bastida, con los cuerpos atravesados como muñecos de magia negra.

—Mi señor... —le dijo su escudero, apuntando a las torres de asalto, aríetes y trabucos ordenados tras los hombres.

—Aún no... —ordenó el español, capitán y estrategia del asalto.

—Ahora, hermano —bramó otra voz, asomándose bajo la protección de un gran escudo triangular—. Ahora es cuando debemos atacar.



—Aguarda, Fernando. No hay que precipitarse —pronunció Alonso. Desesperado, Fernando Hospicio del León cargó contra el primogénito de su familia levantando su espada.

—¡Ves cómo nos están diezmando! Estás perdiendo a nuestros hombres, uno a uno, no...

Pero Alonso era mejor guerrero que su hermano menor. Sumaba más años de experiencia y su maestro de guerra había sido el formador de los mejores hombres del reino. Antes de que Fernando lo tocara, giró sobre su cuerpo y cruzó su espada contra la del más joven e impetuoso de los Hospicio. Lo miró a los ojos y lo empujó contra la arena que cubría sus botas.

—Te guste o no, estás bajo mi mando.

En verdad se había convertido en un monstruo, pensó, mientras volvía a escucharse el zumbido primero grave y luego agudo de los letales proyectiles infeles.

—¡Flecha! —gritó otro de los escuderos, mientras se escondía bajo el suyo.

Alonso levantó su escudo con el brazo derecho y usó el izquierdo para alzar el de su hermano. Cuatro saetas rompieron contra el acero, luego seis y ocho y más.

Y vinieron más gritos, sangre y aullidos.

—¿Qué estás haciendo, hermano? —lo interrogó Fernando, con los ojos inyectados en sangre.

—Observando, hermano mío, observando y pensando —reiteró Alonso, mientras le indicaba que dirigiera sus ojos hacia los muros de la ciudad sagrada. Dentro de las almenas y baluartes, los arqueros hacían un alto para preparar sus flechas.

Entonces Fernando lo comprendió todo, más aún al ver cómo una sonrisa se dibujaba en el rostro de su hermano.

—Cuatro turnos —explicó el capitán de las fuerzas cristianas—. Cuatro turnos, los persas disparan en ese orden, luego descansan y se reaprovisionan. Ha sido así desde que cercamos la ciudad, pero necesitaba verificarlo. Entiendes, Fernando, tenemos cuatro tiempos para preparar la ofensiva, en el próximo alto de los malditos les echaremos todo lo nuestro encima. Cristo está con nosotros, mi pequeño, hoy será un gran día, una gran victoria.



Estiró su brazo derecho y apretó con fuerza el hombro de su hermano.

—¿Estás conmigo, Fernando?

—Hasta el fin del mundo, mi señor.

—Entonces prepara tus hombres. Pronto llegará nuestra hora.

Uno a uno, los hombres de la avanzada se miraron sin entender qué pasaba.

—Alisten las balistas, catapultas y trabucos —ordenaron los hermanos Hospicio del León—, cárguenlos y esperen la orden.

Rocas, piedras y maderas con aceites inflamables fueron colocadas en los lanzadores de las armas de lanzamiento. Con cuidado las cuerdas comenzaron a ser tensadas, esperando el grito de guerra.

—¡¡¡Flecha!!! —volvió a gritar un escudero.

Mosul, Persia

Año 1113

2

Muhaddith Ibn Al-Da'ub se asustó. El viejo matemático que llevaba diez años encerrado en esa mazmorra por sus herejías contra el Corán, pensó que no iba a vivir para experimentar una situación como aquella. Sabía que era posible, los Números se lo habían dicho, pero no imaginó estar presente cuando ocurriera. Una profecía, la llegada de un legado, el verdadero inicio; un instante cero para la historia del mundo. Supuso que el grito de los otros prisioneros, torturados día y noche en los distintos corredores de la prisión, evitó que alguien más se diera cuenta del inusual evento. Un zumbido agudo y luego una luz brillante; si un guardia hubiese andado cerca, de seguro habría tumbado la puerta.

¿Suerte? El viejo sabio hacía mucho tiempo había dejado de creer en ella.

El cuerpo del herido, del cristiano que trajeron desde Jerusalén y que llevaba semanas postrado en el fondo de la mazmorra, apenas modulando palabras, recuperándose de las heridas de las flechas, empezó a temblar. Como poseído por una fuerza invisible y desconocida, se levantó y empezó a brillar, rodeado por un resplandor blanquecino y pálido que lo fue cubriendo como un capullo cegador; entonces, colgado de un chillido muy agudo, desapareció, reemplazado por una lluvia de fragmentos luminosos, semejantes a luciérnagas, pero más grandes, que dieron forma a otro hombre, un hombre nuevo que vestía igual que el herido, un hombre venido de otros mundos y otros lugares, tal cual escribían los Números. Y Muhaddith Ibn Al-Da'ub supo que su maestro había llegado, quien estaba destinado a portar los Números y a distribuir su conocimiento por el mundo, ocultándolo y protegiéndolo por los siglos de los siglos.

—Mi señor —pronunció temeroso Ibn Al-Da'ub.

—No —respondió el extraño, hablando en un perfecto persa—, no soy tu señor, he venido a aprender de ti.

-¿Cómo debo llamarte? –siguió el matemático.
-¿Sabías el nombre de tu compañero?
-Nunca me lo dijo.
-Su nombre era Alonso... Alonso Hospicio del León, y así puedes llamarme.

Tunguska, Siberia

Julio 1908

3

La mujer se adelantó al piloto y contempló la devastación dejada por la explosión. Ya habían pasado tres semanas y el lugar aún temblaba. Los árboles, despedidos kilómetros alrededor, formaban una especie de corona en torno al sitio del estallido. Una neblina de cenizas copaba el horizonte más cercano y faltaba mucho para que se disipara. Ambos, la mujer y el piloto, conocían la historia de lo que había ocurrido, sus consecuencias y los mitos que iba a acarrear.

—Dos mil kilómetros cuadrados —comentó ella, volteando hacia el anciano que la acompañaba.

—Eso dicen, querida, aunque aún faltan años para que hagan el cálculo preciso, y así, a vuelo de pájaro, como observamos al bajar, creo que fueron bastante menos. Pero así son los mitos, se basan en la exageración del relato oral, la confusión de los registros y el desconocimiento de las masas. Sobre todo en esto último, mal que mal, muy pocos sabemos lo que realmente ocurrió aquí.

Ella sonrió.

—¿Cuánto falta para que termine el cálculo? —preguntó ella.

—Dos o tres horas.

—Tenemos tiempo entonces. ¿No tienes hambre?

—No mucha, pero te acompaño.

Y pisando el suelo cubierto de cenizas grises y nebulosas, la mujer y el anciano regresaron al objeto negro, en forma de campana, que los había traído desde un lugar muy lejano en una escala hacia un sitio todavía más remoto donde tenían que encontrar al primer viajero, al que fue antes que ellos, al primero y al último.

Madrid, España

Octubre 1913

4

Los cuerpos aparecieron tirados en una plaza abandonada del casco viejo de la capital española. Estaban desnudos, con los huesos rotos y a los dos les faltaba el ojo izquierdo. Fue la última vez que intentamos robar los Números del árabe. Tardamos demasiado en entender que ese no era el camino y que había formas mucho más inteligentes y seguras de revelar su secreto. Formas de ser todavía más listos que el Pacto. Tuvimos que aprender a mirar, desde luego no fue fácil. Lo primero que descubrimos fue que debíamos apuntar al sur; después, que lo que entendíamos por concepto de Dios único no era tal. El resto fue juntar piezas. Una tras otra.

México D.F., México

Noviembre 1942

5

El acento norteco y cansado de Juana Teresa le avisó que «un caballero lo esperaba en el recibidor de la sala». Terminó de cortar un trozo de filete y sin hacer caso a la empleada lo metió a su boca y masticó como si tuviera todo el tiempo del mundo. De hecho lo tenía. La muchacha insistió en que el caballero decía que era importante. El dueño de casa bebió un sorbo de agua y le recordó que desde su primer día de contrato le recalcó que por nada del mundo lo molestara mientras comía. Juana Teresa se acordó de las otras peticiones que el patrón le había inculcado cuando se presentó a trabajar en aquella pequeña mansión del barrio de Polanco, en Ciudad de México. Órdenes curiosas y hasta cierto punto tenebrosas, como aquella de en cada cena y comida servir un plato para un segundo invitado a la mesa, siempre al lado derecho del señor. El viejo comía solo, jamás invitaba a nadie, salvo a esa invisible presencia que solo él podía contemplar a su diestra. Y aunque nadie jamás dio un mordisco a ese segundo plato y todo parecía formar parte del extraño sentido del humor del patrón, la joven empleada sentía con frecuencia que algo macabro se escondía en las raras peticiones de su jefe. Cuando se lo contó a su abuela, ella le advirtió que se cuidara, que el propietario de la mansión seguramente tenía pacto y que el invitado invisible de seguro era el mismo diablo.

Juana Teresa no creía en el diablo.

—Insistió en que era importante, señor —le recalcó, mientras el patrón no daba señales de querer interrumpir su almuerzo—. Dijo que le entregara esto, que así comprendería. —Dejó sobre la mesa, a un lado de los platos, un sobre grande, blanco y cerrado con un lazo de hilo dorado. La mujer sintió cómo los ojos del señor de la casa se clavaban en los suyos. No tenía que hablar para sentir su reto. El hombre hizo a un lado la comida y abrió el sobre. En su interior venía un recorte de periódico,



amarillento y bien delineado. La primera ojeada fue rápida, como si se tratara de una broma. Luego buscó en los bolsillos de su chaqueta un par de anteojos, se los puso y volvió a leer. Juana Teresa notó como la piel del cuello del patrón se llenaba de pequeñas manchas rojas. Y supo que estas no eran de furia, sino de sorpresa, de miedo quizás.

—El señor continúa en el recibidor —dijo la empleada de casa, mientras el viejo se ponía de pie y abandonaba el comedor.

Cuando el dueño de casa ingresó al vestíbulo del salón, se encontró con la visita de pie, mirando por la ventana en dirección a los cercanos bosques verdes de Chapultepec.

—Discúlpeme por interrumpir su almuerzo —le dijo sin saludar el recién llegado. Ya se conocían.

—No se preocupe —le contestó el patrón de Juana Teresa, dejando el sobre con el recorte de periódico encima de una mesa de centro, en cuya superficie había un gran elefante de cristal oscuro que había traído desde la India en su último viaje—. ¿De dónde sacó esto?

—Lo enviaron desde Chile. Si nota la fecha, verá que hace diez días fue publicada en la sección de cartas del diario *El Mercurio* de Santiago...

—Neuschwabenland —murmuró el dueño de casa.

—¿Perdón?

—Solo pensaba en voz alta. ¿Alguien más lo sabe?

—No sabría decirle. Fue un movimiento público, como si estuvieran desafiándolos.

—No solo a ellos...

—¿Va a hacer algo?

—Aún no lo sé, viajar a Chile podría ser un arrebato.

—¿Quiere que convoque a una reunión?

—Por favor...

—Con su permiso —añadió, mientras cogía su abrigo y sombrero y sin despedirse se apresuró en salir de la casa, regresando al taxi que lo había traído desde un hotel en el centro de la ciudad y que llevaba casi media hora esperándolo fuera.

Juana Teresa apareció en el pasillo del recibidor y le preguntó si iba a terminar de almorzar o servía el postre. Su jefe le contestó que le vantara la mesa, que no iba a seguir comiendo; después, con un tono inusualmente amable, le pidió que lo dejara solo. Cuando la joven salió





de escena, cogió el sobre y se sentó en el sofá más amplio del lugar. Sacó del interior el recorte de diario y volvió a leer.

«Agradezco a los submarinos alemanes el haber encontrado, en un lugar inexpugnable de la tierra, un paraíso terrenal para el Führer», decía el breve mensaje publicado por el almirante Dönitz en el principal periódico chileno. El dueño de casa conocía bien ese nombre, el comandante en jefe de la Kriegsmarine del III Reich, el hombre al mando de cada submarino alemán que en esos precisos momentos se desplazaban bajo las heladas aguas del Atlántico. Neuschwabenland, recordó, la nueva Suabia, el nuevo edén germano, así llamaban a la Antártica. Quizá, pensó, volviendo a leer, la guerra por el sur estallaría antes de lo imaginado. Ellos deberán ordenar el mundo nuevamente para escoger a los participantes adecuados, aquellos que resultarán los títeres más funcionales para el plan final. Los nazis no debieron revelarlo tan pronto, siguió pensando. El atrevimiento les costaría caro. Miró la fecha impresa en la parte superior del recorte.

–1942 –suspiró–, no más de dos años –se dijo en voz alta. Luego, de un grito, le pidió a Juana Teresa que le llevara un café a la sala.

–Sin azúcar –recalcó.



Buenos Aires, Argentina

Mayo 1946

6

Fue la primera vez que Erich Geissbüller vio como mataban a un hombre. Había pasado toda la guerra escondido en una granja de Bavaria, lejos de las batallas y bombardeos, así que todo lo que sabía acerca de la muerte se limitaba a supuestos y habladerías. Sujetó la cabeza de su hija y le tapó los oídos. Lo mejor para la niña era seguir durmiendo.

Tal como le avisaron, los autos los cercaron a treinta kilómetros al sur de Buenos Aires. Surgieron a medianoche, con los faros apagados, y los obligaron a detenerse a un lado de la carretera. El chileno que conducía el camión reaccionó según lo esperado. Le dijo a Erich que permaneciera arriba del vehículo, cuidando de la niña.

—Yo me encargo, señor.

Agarró una escopeta y saltó a enfrentar a los asaltantes. Eran seis hombres. Sujetó el arma dispuesto a soltar un tiro de advertencia, pero no alcanzó a tocar el gatillo. Antes de que el chileno se diera cuenta, un séptimo sujeto apareció por su espalda y lo apuñaló por encima de la cadera. El camionero se desplomó arriba del pavimento como un muñeco de papel. La palma de su mano derecha se abrió con el golpe y al hacerlo liberó el arma. La culata resonó al chocar contra el camino y se trizó en uno de los bordes. Otro de los atacantes le enterró su cuchillo en la base del estómago y luego, con la misma hoja, le rebanó el cuello.

—Sumen otras treinta estocadas, vacíenle los ojos y luego rómpanle todos los huesos de las piernas y brazos —ordenó en alemán un hombre alto y rubio que bajó desde el sedán más lujoso y llamativo de la caravana.

Vestía completamente de negro y cubría su cabeza con un sombrero de ala ancha, una buena copia de villano de película policial. Encendió un cigarrillo. El fuego resplandeció contra sus lentes redondos y de marco delgado. Y aunque no lo hizo, pareció sonreír. Luego fue hasta el camión.



—Señor Geissbüller —saludó, abriendo la puerta del acompañante del conductor—. Como siempre es un placer verlo.

—Coronel.

—No, por favor, las cosas han cambiado bastante después de la guerra. Le agradeceré que ya no me llame así. Ni a usted ni a mí nos conviene. En fin, ¿un cigarrillo?

—No, gracias, no fumo.

—La última vez...

—Lo dejé hace dos meses.

—Le felicito, espero que su viaje haya sido confortable —se detuvo—. ¿Su hija? —indicó a la pequeña que soñaba acostada en las piernas del temeroso pasajero.

—Sí, mi hija.

—Hermosa niña, espero sepa cuidarla.

—Todo lo hago por ella, señor.

—Lo imagino, ha de ser duro enviudar a los veinticuatro años. Pero usted es un hombre joven, tal vez no le sea difícil encontrar una nueva madre para la pequeña.

—No está en mis planes. Entenderá, usted más que nadie, que tengo otras preocupaciones.

—Claro, por supuesto. Supongo entonces que tiene claro qué hacer con las máquinas.

—Lo tengo.

En la plataforma de carga del camión y su acoplado esperaban desarmados trece tractores oruga Lanz modelo Bulldog llegados desde Hamburgo a Buenos Aires en un vapor de bandera inglesa. La venta barata de aparatos agropecuarios a Chile y Argentina resultó un repentino y cómodo negocio para la devastada economía alemana. No solo eso, también un conveniente método de proteger ciertos secretos que era mejor mantener en penumbras hasta cuando se decidiera otra cosa.

—Uno de mis hombres —prosiguió el ex teniente— lo conducirá hasta Chile. No se preocupe por la frontera, todo está perfectamente ordenado. A propósito, ¿cómo se escucha su español?

—Mejor.

—Me alegro.





Geissbüller miró hacia el frente y no pudo evitar sentir pena por el sujeto que lo había traído desde las húmedas dársenas del puerto de la capital argentina. Le gustaba su acento, era muy distinto al que se escuchaba en las calles porteñas.

—¿Qué hará con el cuerpo del chileno? —preguntó.

—Nada. Dejarlo tirado acá, tal cual fue planeado; ellos entenderán la señal.

—Más de treinta puñaladas, los huesos rotos y los ojos vacíos.

—Aprende rápido, señor Geissbüller, virtud de un buen contador, supongo. Pero por su bien le aconsejo olvidarse de todo lo visto y concentrarse en los tractores. En dos meses más llegará un nuevo embarque a Buenos Aires, nos comunicaremos con usted...

—¿Coronel?

—Ya le dije, señor Geissbüller, no me llame así —y dicho esto se abrió el cuello de la chaqueta. Hábitos religiosos aparecieron a la vista, también una gruesa gargantilla con un crucifijo de plata.

—No entiendo.

—Y no tiene nada que entender, a partir de ahora nos cambiamos de mando, mi amigo. Esto que hacemos debe ser visto como un trabajo de Dios, a todos nos conviene.

—¿Padre?

—Padre Heinrich Baukunst, el arzobispado alemán me debía un par de favores. Espero que de ahora en adelante me llame así, señor Geissbüller. El coronel Bormann ya no existe. Le agradeceré recordarlo.

Pocos metros delante, uno de los hombres de la emboscada tomó un grueso martillo y propinó un golpe seco contra la pierna izquierda del cuerpo del chileno. Los huesos del muerto crujieron como madera nueva al quebrarse.



Puerto Montt, Chile

Agosto 1947

7

Domke vivía obsesionado con el futuro. Quería verlo, experimentar lo que traería el porvenir, sentir de qué manera los próximos días iban a transformar cada una de las cosas que lo rodeaban. A menudo imaginaba ciudades con edificios altísimos, más grandes que los de Nueva York y Chicago, con trenes de metal reflectante atravesando torres sobre puentes de acero, cables y cemento. Con automóviles cada vez más potentes y veloces. Y con aviones. Sobre todo aviones. Aviones por todos lados. Majestuosas alas volantes, con cientos y miles de pasajeros en su interior, gozando los lujos de un transatlántico aéreo, desafiando los vientos con hélices tan grandes como el ancho de las alas de un DC-3, la aeronave que él mismo piloteaba en los cielos australes y desde la cual aseguraba haber visto el futuro. Porque Domke estaba seguro, cada vez más seguro, de que lo que adelantaban escritores lunáticos, revistas y libros era cierto. Él había visto el futuro, a lo lejos pero lo había visto. Y volaba rápido, incluso más de lo que decían en *Popular Mechanics*.

La lluvia largaría pronto.

El cielo sobre Puerto Montt era un cuadro predecible, más aún en invierno. Las nubes cargadas y bajas, el norte oscuro y ese viento helado con olor a mar. De haber bajado más la temperatura habrían amanecido con nieve, pensó Domke, mirando cómo los árboles cercanos sacudían sus ramas desnudas. Nadie iba a poder despegar durante el día.

Las piedras del camino picaban bajo las latas y ruedas del jeep Willys pintado de rojo.

—Va a llover, don Jorge —le comentó al conductor del vehículo. El clima era la mejor forma de romper el silencio entre dos personas sin muchas cosas en común.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro...



Las primeras gotas del día empezaron a rebotar sobre el parabrisas del jeep. Ambos sonrieron. El vehículo dobló en dirección al aeródromo.

-¿Ve? -apuntó el joven aviador, mirando su reloj. A las once estarían parados en mitad de un aguacero, como el de ayer, como el de mañana, como el de cada semana de agosto.

-¿Tiene vuelo?

-No, no creo que alguien vuele hoy.

-Mi capitán Jacques salió para Santiago anoche.

-En la tarde.

-Lo dejaron solo.

Las gotas de lluvia caían cada vez con más fuerza en la geografía que rodeaba Puerto Montt.

-Sí, me dejaron solo.

Domke abrió un poco su chaqueta y cogió del interior una cajetilla amarilla de Camel. La última del paquete que su hermano le había enviado desde Estados Unidos. Todavía eran baratos, gracia de posguerra y todo el cuento. La guerra, pensó, hace dos años que ya no hay guerra. Le hubiera gustado pelear en ella, volar un P-51 o un Corsair tal vez, acribillar Zeros japoneses sobre el Pacífico. Asomó uno de los cigarrillos y se lo ofreció al chofer.

-Don Jorge -le dijo.

-Gracias, pero no fumo -le respondió el conductor, arrugando sus coloradas mejillas.

El aviador encendió su cigarro y dio una primera aspirada. Recordó que le habían contado que don Jorge era evangélico y se preguntó por qué razón los evangélicos no fumaban ni bebían, pero prefirió no decir nada al respecto. A lo lejos, el mar se dibujaba claro, perdiendo su horizonte en una pared de nubes cada vez más negras. Nada de Chiloé, pensó, es como si se lo hubiera tragado la tierra.

-¿Va a hablar con los gringos? -interrumpió don Jorge.

-A eso vienen, ¿no?, a hablar conmigo.

-¿Son militares?

-Marinos.

-¿Marinos voladores?

-En Estados Unidos hay marinos que vuelan.

El chofer del jeep torció una sonrisa amable y dudosa.





Ya estaban en El Tepual. Uno de los DC-3 de Lan Chile se apreciaba detenido en mitad de la pista, el suyo seguía en el hangar. Al fondo, el volcán Calbuco aparecía totalmente cubierto.

—¿Dónde lo dejo, capitán Domke?

—Acá en la torre —le indicó el aviador con la mirada fija en la mole del Curtis C-49 Commando con insignias militares estadounidenses que se apreciaba en la parte más alejada de la losa.

El Willys rojo trastabilló hasta la caseta de madera usada como torre de control y se detuvo junto a tres vehículos exactamente iguales. Un pastor alemán ladró desde la puerta.

—¿Don Jorge? —pronunció Domke mientras buscaba su bolso, tirado en el asiento trasero del jeep.

—Dígame.

—¿Le han llevado a volar hacia el sur, en dirección a Aysén?

—No.

—Uno de estos días lo voy a invitar. ¿Sabía que hacia el sur el hielo deja de ser blanco?

—¿Y de qué color es?

—Pálido y azul.

Domke sonrió, buscó su billetera y agarró un par de billetes.

—Por el apuro —se los pasó y bajó del vehículo. El perro corrió hacia él moviendo la cola, mientras la lluvia seguía cayendo con más fuerza. Antes de entrar tiró el Camel a medio fumar y lo pisoteó, escondiéndolo bajo el barro.

—Pensé que era más grande —comentó en voz alta Ramón Osorio, teniente de la Fuerza Aérea de Chile, cuando Domke ingresó a su oficina— el avión —se explicó.

El transporte de los gringos se apreciaba mojado a través de los ventanales del despacho. Osorio y Domke tenían la misma edad y se conocían mucho antes de trabajar juntos. Entre los quince y los diecisiete años habían sido compañeros en la Escuela de Aeronáutica Militar, volado juntos en varias ocasiones e incluso salido con la misma señorita, aunque nunca tocaban ese tema. Aún eran amigos, no tanto como en su etapa estudiantil, pero sí lo suficientemente cercanos como para evitar rodeos y formalidades. Cuando Domke dejó la milicia para dedicarse a la aviación comercial, Osorio pasó a integrar por unos meses el Grupo de





Transporte Nº 1 de Cerrillos. Un año después se reencontraron en Puerto Montt: Domke como el más joven piloto de la ruta sur austral de Lan Chile, Osorio como oficial militar encargado del aeródromo El Tepual.

El aviador comercial agarró el libro de actas de la mesa de su colega uniformado y buscó su nombre. Anotó la hora: cero ocho cincuenta y cinco, y firmó al lado.

–Es un bimotor de transporte –comentó.

–Pensé que iban a venir en algo más grande, más moderno.

Domke volvió a pensar en el futuro.

–El Commando es el avión que usa la Marina estadounidense para esta clase de misiones –explicó.

–¿Y qué clase de misión es esta?

Domke arqueó sus cejas espesas y curvadas, luego se allegó a los ventanales y miró hacia la nave de los visitantes, a un costado del plateado fuselaje se leía claro U.S. Navy y más abajo CV-47 *USS Philippine Sea*, código y nombre del portaaviones que le servía de unidad madre.

–No lo sé, mi teniente. Inteligencia, supongo –contestó. De vez en cuando lo trataba con respeto militar, más por humor que por costumbre.

Osorio volvió a su escritorio y tomó asiento frotándose las manos.

–Deberías prender la estufa –le sugirió Domke.

–Mandé a buscar leña seca, igual es más grande que nuestros DC-3 –agregó, volviendo a mirar hacia el C-49–. No cupo en ningún hangar.

Un par de mecánicos del aeródromo revisaban los enormes motores radiales de la nave, Domke supuso que por orden de Osorio. Estaban empapados.

–High Jump –siguió hablando Osorio.

–¿Qué es eso?

–El escudo que lleva el avión junto a los códigos navales, fíjate –Domke enfocó la vista e identificó el emblema–, «salto alto» en español. Estuve averiguando, la nave y su tripulación llevan casi un año por estos lados, son parte de una expedición geográfica y meteorológica en la Antártica; cuentan con el apoyo de nuestro gobierno, incluso.

–El almirante Byrd, he escuchado de él. ¿No se suponía que ya habían regresado a Estados Unidos?

–Al parecer no todos.

Domke volteó hacia su compañero.





-¿Ya llegaron?

-Hace un cuarto de hora. El argentino me dijo que apenas aparecieras te acompañara al hangar.

Abrió un cajón de su escritorio y cogió una cajetilla de cigarrillos nacionales. Le ofreció uno a Domke. Este negó con la cabeza, no fumaba tabaco chileno. Cuestión de sabores.

-¿Qué pasó al final con el hotel?

-Los cambiamos. No hubo caso de que se quedaran con los alemanes; según el argentino, es una reacción de posguerra que aún pena fuerte entre quienes pelearon en Europa.

-¿Estos tipos pelearon en Europa?

-Ni idea, pero eso dijo el argentino.

-Es raro ese tipo.

-¿El argentino?

-Sí, amanerado, afeminado, qué sé yo.

-Marica.

-Lo que sea -hizo un alto-. ¿Y dónde se quedaron al final?

-En una posada de Puerto Varas. Familia Abarzúa, tal vez los conozcas -Domke negó con la cabeza-. La gestión la hizo don Julián, no se quejaron, excepto por el desayuno. Pidieron jugo de naranja.

-Los gringos toman mucho jugo de naranja en el desayuno.

-Los nuestros no lo hicieron hoy y parece que no les hizo mucha gracia.

«Los nuestros», era una curiosa forma de apropiarse de los visitantes. Los vidrios de la ventana del estudio de Osorio temblaron al ser golpeados por una corriente de viento arremolinada sobre la losa del aeropuerto.

-No sé si hiciste bien reportando el incidente -cambió de tema el uniformado-. Tal vez debiste ignorarlo, como Jacques. Honestamente creo que este asunto de los gringos no va a ser corto y va a gastar mucho de nuestro tiempo útil.

-Allá arriba están pasando cosas, mi teniente -Domke volvió a usar el respeto militar.

-Acá abajo también. Y son las de acá las que me preocupan. A las siete y media de la mañana empecé a responder llamados de Santiago, quieren un informe completo y tú sabes mejor que yo que los yanquis no nos van a dar ese informe completo. Veo lo que se nos va a caer encima



cuando se marchen, semanas llenando informes, respondiendo cuestionarios, redactando papeles, qué sé yo. Pero eso no es problema, supongo –lo miró–. Mal que mal, siempre te gustó escribir.

Domke no respondió.

–En fin –prosiguió el militar–, así es la vida, y es mejor no hacer esperar a los extranjeros. Vamos –aspiró largamente del cigarrillo y soltó tres aros de humo. Agarró su chaqueta, colgada en el respaldo de la silla, y se levantó.

–Coge un paraguas –le indicó al piloto–, afuera está lloviendo fuerte.

Cuatro tipos vestidos de negro fotografiaban al Douglas DC-3 Dakota apodado *Valdiviano* de Lan Chile. La nave era en realidad un C-47 Skytrain militar, comprado en 1945 por la Fuerza Aérea a los norteamericanos para ser usado en los escuadrones de carga y transporte. Pero tras un año de prestaciones fue convertido en carguero civil y trasladado a la flota de la recién creada Línea Aérea Nacional para su servicio de larga distancia. Era uno de los cinco aviones del mismo modelo y similar historia usados en los vuelos semanales de carga, correo y pasajeros en la ruta Puerto Montt-Aysén. Su primer comandante, un tal Segundo Ortega, lo bautizó *Valdiviano*, nunca quiso revelar por qué, aunque la razón parecía ser bastante obvia.

Tres de los sujetos que fotografiaban y revisaban el avión no entendían una pizca de castellano, el cuarto actuaba de traductor. Domke y Osorio ingresaron al hangar y caminaron hacia ellos.

–¡Señores! –gritó el superior militar del aeródromo.

Solo el cuarto, el que hablaba español, reaccionó al saludo. Dejó unos papeles en el piso y se dirigió a los recién llegados con un trote sin ritmo que Osorio encontraba cada vez más afeminado.

–Capitán Domke –saludó con su cansino acento argentino.

–Solo Domke –respondió–. Supongo que ya sabe que estoy retirado de la Fuerza Aérea –fue cortante.

–Entiendo, entiendo, discúlpeme –miró a Osorio y lo saludó bajando la cabeza–. Teniente.

–Señor Machenik –contestó también apático el uniformado.

–Matías, por favor –miró a ambos–. Matías Machenik. Por acá, señores, por favor, síganme, los estábamos esperando.



Caminaron tras el argentino. Domke notó que habían instalado un aparato con muchos cables bajo la cola del DC-3 y que la humedad estaba descascarando el logo de Lan Chile pintado en el plano vertical de esta. Después de la limpieza tendrían que volver a pintar.

Los otros tres hombres dejaron de tomar fotografías y hacer anotaciones y caminaron hacia Machenik y compañía. Uno de ellos cojeaba y se afirmaba en un bastón de madera cuidadosamente lacado. El argentino se adelantó un poco y habló en voz baja con los desconocidos.

–Supongo que no se puede fumar –dijo por decir algo Osorio, sintiéndose parte de una película de espionaje. Domke estaba más tranquilo y parecía más interesado en el estado del avión que en los extranjeros que murmuraban pocos metros más adelante, bajo el ala izquierda del DC-3.

Machenik regresó con los pilotos chilenos luciendo una sonrisa de caricatura que arrugaba su cara como personaje de Walt Disney. Tras suyo, como pintado en la escenografía, venía el trío vestido de negro.

–Señores –comenzó–, como ya se les informó ayer por la tarde, las personas que me acompañan son oficiales civiles pertenecientes a la Oficina de Investigación de Tecnologías Aeronáuticas de la Marina de los Estados Unidos de América.

–High Jump –interrumpió Domke–, vi el escudo en el fuselaje de su avión y he escuchado del almirante Byrd y su flota polar.

–Oh, claro –contestó el enlace argentino–, por supuesto que ha escuchado, pero es solo una casualidad, la operación antártica finalizó hace ya medio año, nosotros solo usamos una nave que participó en ella, no se confunda.

–Es curioso.

–Claro que lo es –comentó el transandino.

Incitados por Machenik, los presentes se saludaron con idénticos gestos, manteniendo una sana distancia, como si fueran embajadores de mundos muy distintos.

–Si le parece –prosiguió luego, con la mirada fija en Domke–, podemos empezar ahora mismo, venga conmigo.

Domke volteó hacia Osorio, quien levantó los hombros.

–Teniente –agregó Machenik–, espero que no le moleste dejarnos a solas con su compañero; como debe estar enterado, ya hablamos con sus...





—Ya lo sé—cortó el militar, volviendo a pensar en lo femenino de los gestos del argentino—. Suerte —le ofreció a Domke, y de inmediato buscó la salida más rápida del hangar. Uno de los gringos le devolvió una gentil sonrisa.

Machenik invitó al piloto hasta una improvisada sala de interrogatorios armada al otro lado del bodegón, tras el ala derecha del avión. Un calefactor a gas irradiaba flamas azules sobre un conjunto de sillas ordenadas en semicírculo.

—Puede sentarse aquí, señor Domke —apuntó el argentino a una silla solitaria que enfrentaba a las otras cuatro. El aviador pensó que la escena era similar a los exámenes orales de historia que tomaba el cura Santelices en el colegio San Ignacio cuando él era niño, una suma anormal entre prueba escolar y juicio oral de película gringa. De alguna manera se sintió culpable, como si hubiera cometido algún tipo de crimen. Pensó en que tal vez Osorio tenía razón y que Jacques había hecho lo correcto al optar por el silencio.

Allá arriba no había ocurrido nada, quizás.

—Usted dirá —dijo Domke, rompiendo el silencio y con la mirada clavada en Matías Machenik. Las llamas del calefactor de gas mejoraban mucho la temperatura en el lugar.

—¿Habla inglés, señor Domke?

—No, pero lo entiendo.

—Perfecto.

El argentino volteó hacia los norteamericanos y les dijo que todo estaba listo. Domke alcanzó a entender cómo Machenik les explicaba que él iba a actuar de enlace idiomático con «el piloto chileno». Encima de todo, el techo del hangar rechinaba con la lluvia cada vez más fuerte. El aguacero se había adelantado un par de horas.

Los tres norteamericanos se calzaron idénticos anteojos de marcos gruesos y tomaron una serie de papeles y documentos de unas carteras que estaban en el piso, bajo sus sillas. El que cojeaba, y que atendía al nombre de Sheldrake, buscó una hoja de papel, se la acercó a Machenik y le pidió que empezaran por ahí. El argentino le dio una rápida revisión y miró a Domke.

—La primera parte es bastante rutinaria —inició—, pero como imaginará necesaria para que todo esté en orden. Voy a pedirle que antes





de empezar firme esta hoja. Es una declaración donde se compromete a decir la verdad; usted sabe, un formulario que nos asegura que no levantará falso testimonio y será lo más preciso en sus datos. Es necesario para el papeleo...

Le extendió la hoja.

-¿Tiene un lápiz?

-Wait -pronunció en inglés y empezó a buscar entre los bolsillos de su chaqueta. Alcanzó una pluma y se la extendió al piloto chileno. Domke la agarró, dio una rápida leída al documento, traducido casi literalmente del original en inglés, y estampó su firma donde se le indicaba. Nuevamente pensó en el capitán Jacques, en lo correcto y lo incorrecto de tomar decisiones. Le devolvió la hoja y la pluma al argentino.

-Gracias -añadió Machenik-. Entonces, si le parece, comencemos.

Le devolvió el documento al más bajo de los gringos y les hizo una señal de que todo estaba bien.

-Señor Domke -continuó-, ¿su edad?

-Veinte años.

Machenik tradujo la respuesta.

-¿Rango?

-Subteniente retirado de la Fuerza Aérea de Chile, piloto comercial de Lan Chile, capitán de material DC-3.

Machenik fue más lento en esta ocasión, explicando detalladamente la situación militar del interrogado. Domke escuchó como agregaba datos acerca de la línea aérea chilena y su negocio de transporte de cargas y pasajeros. Añadió algo que le resultó imposible de comprender acerca del avión encima de ellos.

-En el vuelo -el argentino miró unos papeles- número 112, entre Puerto Montt y Aysén -siguió revisando los apuntes-, fechado el 9 de junio de 1947, usted declara haber presenciado actividad inusual en el cielo sobre el sector del volcán Mali... perdón...

-Melimoyu -corrigió el interrogado.

-Volcán Melimoyu -repitió quien dictaba el cuestionario-. ¿Reitera su opinión?

-La reitero.

-¿Usted no iba solo en el vuelo?



-Me acompañaba el capitán Sebastián Jacques, comandante de la aeronave.

-¿Y él...?

-Él declara no haber visto nada y no estar interesado en hablar con nadie acerca de lo sucedido.

-Entendemos. ¿Y usted por qué decidió hacerlo?

-Porque sé que vi algo en el sur, señor Machenik.

-¿Y qué fue exactamente lo que vio en el sur, señor Domke?

-El futuro. Lo que vi allá arriba, señores. Fue el futuro.